

## CULTURA Y PRODUCCIÓN

Cuando en la Universidad Católica Andrés Bello emprendimos el estudio sobre la superación de la pobreza en Venezuela, nuestro interés residía en encontrar puntos claves para luego orientar una acción que permitiera revertir la actual tendencia a la exclusión y empobrecimiento que venía avanzando de manera indetenible en los últimos dieciocho años, que ahora van a llegar a 25.

El estudio de la enfermedad y sus causas no era para alimentar interminables debates académicos, sino para proponer con urgencia a la sociedad venezolana cambios de diversos elementos que configuran la sociedad y perpetúan esas tendencias. Los agrupamos en tres: políticas económico-sociales, cultura productiva e instituciones. Parecían totalmente insuficientes las políticas sociales y económicas vigentes en Venezuela y en otros países, para transformarlas en sociedades que en conjunto sean productoras de más riqueza y mejor distribuida. Nos parecía que las políticas sociales trataban de remediar a pequeña escala males que la sociedad seguía produciendo de manera creciente y a gran escala. El agua, lejos de achicarse, amenazaba con hundir el bote.

Uno de los aspectos más difíciles de comprender adecuadamente es la relación entre cultura y producción, entre cultura y desarrollo económico social. Sin embargo, nos parecía im-

prescindible abordarla. Luego de un análisis de las diversas teorías sobre este punto, el equipo de la UCAB emprendió un ambicioso estudio de campo acerca de lo que, consciente o inconscientemente, la sociedad venezolana siente y valora sobre la producción y sus causas, y de cómo se ve a sí misma como productora de bienes y servicios sociales de calidad, cuya carencia actual la hace pobre.

Los temas de cultura y valores están minados de percepciones, de creencias y de apreciaciones profundamente distorsionadas por racismos disfrazados y prejuicios sociales. En general las sociedades que, por diversas razones, se han desarrollado antes y más exitosamente, tienden a atribuirse superioridades naturales, culturales o morales, contrapuestas a supuestas inferioridades de los que son más pobres. Desde luego, las diferencias en el desarrollo de unos y de otros tienen causas explicativas, pero también hay prejuicios que, lejos de ayudar a la comprensión causal de los hechos, la obstaculizan. Estos prejuicios han sido bastante generales en regiones económicamente más avanzadas de un mismo país con respecto a las otras, y también de unos países hacia otros. Esto se ve, por ejemplo, en regiones de Italia y España o en ciertos países anglosajones en relación a los latinos, o los centroeuropeos frente a los mediterráneos. De prejuicios y de supuestas explicaciones científicas estaba lleno el mundo. De manera que los que no fueran anglosajones y protestantes o ni siquiera fueran europeos (como los africanos, los asiáticos o los latinoamericanos) serían culturalmente (o racialmente) negados para el desarrollo; aunque tal vez se podrían salvar si aceptaran convertirse en receptores de las “buenas culturas” de los otros.

Luego de ver el último medio siglo de desarrollo del sudeste asiático, los éxitos de italianos y polacos en Estados Unidos, el caso del Japón o el desarrollo vertiginoso de Irlanda, Italia o España, más recientemente, o la actual aceleración del crecimiento y del desarrollo en China y en la India, tenemos más sospechas que nos ponen en guardia ante etnocentrismos prejuiciados que hacen de la laboriosidad, honradez y productividad, virtudes de algunos predestinados dentro de cada país o de algunos países del mundo.

En cambio, el tiempo ha reforzado la apreciación de que el paso de sociedades (o de sectores de la sociedad) pobres con economías subdesarrolladas y de baja productividad a su superación, dejando atrás la pobreza, implica un profundo cambio cultural en su relación con el hecho productivo. Es decir, una Venezuela que supere la pobreza necesariamente tendrá una actitud y valoración del hecho productivo y de su papel en el desarrollo muy distinta de la que actualmente prevalece en nuestro país. En ese sentido conviene preguntarse si hay entre nosotros visiones de la realidad, valoraciones productivas prácticas e instituciones que refuerzan la pobreza y otras contrapuestas que ayudan a superarla. Aparece clara la importancia de los cambios institucionales o la creación de instituciones orientadas a la modernización exitosa.

Advertimos que el estudio que presentamos no está centrado en la “cultura de los pobres”, de los sectores de menores ingresos, sino en la cultura productiva predominante en la sociedad venezolana, en sus empresarios, políticos, trabajadores, amas de casa, excluidos, universitarios... Qué es lo que da prestigio, qué es lo que se premia y estimula o se castiga en lo referente a más y mejor producción. Nuestro estudio no se reduce a la producción en la empresa, sino en todas las dimensiones de la sociedad: la producción del médico y del juez en sus profesiones, la del empresario, la del trabajador informal y formal, la del alcalde y la del presidente. ¿Cuáles son sus valores productivos? ¿Cómo aprecian ellos el papel de su personal competencia y desempeño para el logro de metas propuestas? ¿Qué papel juega su preparación y trabajo y disciplina en la superación y en el logro? ¿Cómo valora los bienes materiales y la satisfacción de necesidades vitales que en países en pobreza están fuera del alcance y relegan a grandes sectores de la población a la miseria, malestar e ingobernabilidad? ¿Qué importancia estratégica da la sociedad a la creación o al rescate de instituciones de valor estratégico para inducir el desarrollo?

No nos interesa mucho entrar en la pantanosa discusión de si primero hay que cambiar la cultura productiva para luego elevar la productividad real o si primero hay que cambiar los bueyes de la economía para que mueva la carreta de la cultura.

Nuestro interés está en acorralar a la pobreza (como lo hicimos hace medio siglo con el paludismo) atacándola desde todos los frentes a la vez y de manera combinada. Normalmente los países exitosos en el cambio (países que fueron pobres como Alemania, Noruega o Suiza) desarrollaron políticas económicas, actitudes empresariales, instituciones modernas, capacitación y valores de los trabajadores, factores que juntos conspiraban para el logro de un mejor desarrollo institucional, cultural, educativo, político y empresarial, capaz de producir la superación de la pobreza.

Parece ser que en sociedades con abundancia de recursos naturales de alto valor estratégico para el desarrollo mundial o de otros países, se abre la posibilidad de acceder al consumo desarrollado, sin el correspondiente desarrollo productivo, cultural e institucional. Esta aparente incongruencia es más visible en algunos países petroleros: las exportaciones de una actividad económica que ocupa a una parte ínfima de la población (digamos menos del 1% de los trabajadores del país) permite importar consumo de alto nivel para una buena parte de la sociedad. La visión sobre el Estado propietario y distribuidor de esa riqueza nacional ya existente, su “responsabilidad” omnipotente en la superación de la pobreza, marcan profundamente el subdesarrollo de las instituciones públicas y los valores democráticos y productivos, al tiempo que afectan las convicciones de la población en el papel de sus propias capacidades, su responsabilidad y su desempeño en la superación de la pobreza.

Estamos convencidos de que cada venezolano tiene sus pre-juicios y opiniones ya formadas sobre este problema, de compleja comprensión y de difícil cambio. Estos prejuicios pueden impedir una sana comprensión y bloquear un trabajo serio, coherente y sistemático para los cambios culturales e institucionales necesarios para la superación de la pobreza. Cambios que valoren y estimulen la responsabilidad, el desempeño, la capacitación y las oportunidades para que la gran mayoría de la sociedad aprecie su papel en la superación de la pobreza y se sienta con posibilidades, estímulos e instituciones para hacerlo. El tema es complejo y nos complace presentar este estudio que consideramos de gran valor porque incursiona en un campo imprescindible y poco explora-

do entre nosotros; lo hace con rigor metodológico en la recolección de la información, sin simplificaciones en su análisis y con coherencia intelectual en la presentación.

Pudiéramos hacer una objeción al énfasis en el factor petrolero en la cultura productiva y la omisión de la herencia histórica. Pareciera que hay factores culturales, religiosos e institucionales, comunes a los países latinoamericanos que inciden negativamente en la pobreza. Esos factores se dan tanto en Venezuela (país petrolero), como en otros países latinoamericanos que no lo son. Más aún, pareciera que en la Venezuela anterior a la explotación petrolera (digamos antes de 1920) también estaban presentes. ¿No será al contrario, que la actividad petrolera y los ingresos superiores que ella produce no fueron utilizados de manera adecuada para producir desarrollo sostenido y equilibrado, porque se dieron en un país con cultura secular negativa frente al hecho productivo?

Creemos que la pregunta es válida y sin pretender responderla, nos permitimos proponer al lector algunos hechos y reflexiones que pueden ser tomados a manera de hipótesis y también de provocación reflexiva.

Es sabido que España con el desarrollo de su imperio perdió ya en el siglo XVI su incipiente impulso hacia la industria manufacturera. Su condición hegemónica le llevó a interminables y agotadoras guerras en Europa y la base para mantenerlas y de reclutar ejércitos era el oro y la plata de las colonias americanas. Esta economía minera utilizada para sostener ejércitos llevó a España a descuidar su desarrollo productivo, reforzó a la nobleza rentista y no a la naciente burguesía comercial e industrial. Contribuyó también al afianzamiento de una visión política con fuerte presencia estatal burocrática y perpetuó visiones religiosas más feudales que modernas en relación al hecho productivo.

En las más prósperas colonias americanas como los Virreinos de México y de Perú se reprodujo la rígida sociedad estamental española basada en las riquezas minerales y reforzada por la despiadada subordinación del mundo indígena. En sociedades más pobres como la de Tierra Firme (Venezuela actual), en los primeros dos siglos (aproximadamente de 1528 a

1728) prevalece la economía agrícola de subsistencia. Venezuela (por su pobreza) no fue codiciada por los hijos de la nobleza española, y quedó en manos de labriegos que aspiraban a salir de su pobreza en España, tener tierras propias y lograr la condición de hidalgos. Este camino apuntaba en sus aspiraciones de ascenso hacia la nobleza rentista del que se tomaban los signos de éxito y de prestigio social.

En el siglo XVIII en las colonias americanas cobró especial fuerza la economía de plantación por su valor estratégico en el mercado europeo: plantaciones de caña de azúcar, de cacao, de algodón, tabaco, añil, etc., orientadas al mercado internacional. Con la economía de plantación perdió importancia la mano de obra indígena (la encomienda) y aumentó la esclavitud de millones de africanos, cazados, comprados y traídos de manera forzada.

Es significativo que la principal compañía que crea España en el siglo XVIII con esquemas modernizadores es la Compañía Guipuzcoana de Caracas (1728) en la que la Corona se asocia a comerciantes y productores vascos y les concede el monopolio del comercio de cacao de Venezuela, que se extendió a los demás productos de interés comercial exportador, estimuló la producción y mejoró la infraestructura de vías y de puertos para la exportación. En la práctica esto estimuló la presencia vasca con agricultores, comerciantes y funcionarios que tuvieron también cierto control de la política. Aunque este monopolio duró cerca de 40 años, sus efectos y la presencia vasca en Venezuela fue más duradera.

En consecuencia se produjeron en la segunda mitad del siglo XVIII dos fenómenos contrarios. Por una parte la compra tardía (pues no había antes) de títulos y prebendas nobiliarias por parte de criollos con mentalidad rentista y por otra una nueva migración peninsular con mentalidad de productores, emprendedores, formada por vascos, catalanes y canarios. A comienzos del siglo XIX, en vísperas de la Guerra de la Independencia, están presentes en las *elites* venezolanas las dos mentalidades: la que desdeñaba y hasta discriminaba socialmente el hecho productivo directo, por considerarlo indigno de la nobleza y del estamento “mantuano”, por un lado, y por otro la de productores y empresarios innovadores. No

es que las contradicciones fueran absolutas, pues no pocos de los nuevos emprendedores casaron con hijas de la “nobleza” criolla (los títulos nobiliarios no pasaron de cinco, pero la mentalidad era más amplia) y las familias ricas que tenían prohibido dedicarse a “trabajos bajos y serviles”, como el comercio, hicieron excepción del comercio de exportación a gran escala y algunos se hicieron accionistas de la Compañía Guipuzcoana.

El estamento alto lo ocupaban aproximadamente un 10% de blancos llamados mantuanos, separados por barreras sociales y legales de los artesanos, agricultores, productores en general y comerciantes que por realizar “oficios bajos y serviles” trabajando con las manos eran “blancos de orilla”, asimilados a los pardos (mestizos de blanco y negro) marcados por la “mancha” de la esclavitud en sus antepasados. Por ejemplo los hijos de quienes ejercían trabajos considerados “bajos y serviles” no podían acceder a los estudios universitarios ni a los eclesiásticos.

Es de notar que en Venezuela, de manera muy tardía la Corona española vendía títulos nobiliarios y otras prebendas en los mismos días en que la Revolución Francesa los suprimía. Al mismo tiempo la economía de plantación (sobre todo de cacao) y el comercio exterior, tenían una actividad y un auge extraordinarios y traía también aperturas intelectuales e inquietudes políticas que llevarían a la declaración de Independencia. Para 1810 las ideas liberales ya estaban actuando tanto en lo político como en lo económico. Figuras destacadas en la Primera República (1811-12), como Juan Germán Roscio, expresaban con claridad que la riqueza de la nación no consistía en la cantidad de oro y de plata que tuviera, sino en la suma de la producción de sus gentes.

Como muestra de la prevaleciente mentalidad rentista y el contraste de ésta con la nueva mentalidad productora de vascos, catalanes y canarios, presentamos algunas observaciones del francés Francisco Depons, que como agente de Napoleón vivió en Venezuela de 1801 a 1804, en su libro “Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme en la América Meridional”, publicado en París en 1806. Depons observa que los dueños de las haciendas...

*“...principalmente y de ordinario residen en las ciudades, donde todo propietario tiene su casa y su familia. El ajuar, el número de criados, los gastos, en una palabra se disponen de*

*acuerdo con el producto de la hacienda pero no dejan de calcular éste al tipo del año más fértil y abundante. Por consiguiente, sólo por excepción, las entradas son mayores que los gastos y en vez de economizar para mejorar el cultivo, se cargan de deudas y las achacan al mal tiempo y a deficiencia de las leyes, cuando sólo se debe a la falta de orden de los hacendados”.*

Esta actitud típica del rentista que no “economiza para mejorar el cultivo” sino que todo lo destina al consumo, denota la ausencia de una mentalidad capitalista burguesa que en muchos aspectos de la agricultura venezolana ha durado hasta nuestros días, en contraste con el surgimiento de sectores de alta inversión y plenamente innovadores.

Pero no se trata sólo del ausentismo y de falta de inversión, sino que la actividad productiva era una deshonra para el hidalgo y el mantuano venezolano. Así se resalta en el significativo relato de Depons.

*“El hacendado que una vez al año visita sus haciendas, está satisfecho de haberse ocupado bastante de sus intereses. A menudo, ni siquiera se ha enterado de los trabajos que se practican en su finca. Recuerdo que una vez le pregunté a un doctor español que acababa de pasar dos meses en su hacienda de caña, si el tiempo era bueno para las plantas, se daba buena azúcar, en una palabra, si su industria marchaba bien. Me respondió, sonriendo desdeñosamente, que de esos detalles se ocupaba su administrador; y todos los presentes tomaron cartas en el asunto para indicarme seriamente que el señor doctor sólo iba a sus haciendas por placer y por gozar del buen clima y no a vigilar sus intereses ni a ocuparse de la administración de ella. Hube de presentarle inmediatamente y con toda solemnidad mis excusas: Quedé confundido por haber molestado a un propietario español con preguntas que hubieran halagado al más poderoso de los hacendados franceses. Un país donde se desdeña de tal modo la agricultura, es indigno de los favores de la naturaleza”.*

El desprestigio social de los trabajos productivos llevaba a desentenderse de su gerencia al más alto nivel. Por eso, siguiendo el relato de Depons, “... [La] administración de las haciendas de Tierra Firme se confía a negros o a mulatos, rara vez a isleños blancos; pero nunca a criollos, porque éstos prefieren



*el ocio de los claustros, el atractivo de las charreteras o el laberinto de los tribunales a los nobles trabajos del campo”. En consecuencia se buscan los honores por otra vía. “Los empleos son la principal y la única mira de la ambición del criollo. Aunque la mejor tierra del mundo le ofrezca todas las riquezas, no está satisfecho en sus deseos, mientras no obtiene un gran militar, un puesto en la hacienda pública, un oficio judicial o una orden honorífica. Pasa su vida y consume sus haberes en obtener grados y empleos y en solicitar otros nuevos”.*

Si la atención se centra en lograr esos cargos, los estudios se orientan a ellos y el talento se desarrolla más en esa dirección que en desentrañar los conocimientos y habilidades productivas. *“Muy difícil será que gente tan sedienta de prerrogativas, se entregue por entero al estudio de la naturaleza productiva, y que renunciando al fasto de los honores, se contente con el mero título de agricultor, al cual nadie le presta la debida consideración”.*

Depons compara la baja productividad que observa en la Capitanía de Venezuela con la alta de las colonias francesas (en régimen rigurosamente esclavista como en Haití), pero observa que éstas, si tuvieran la mentalidad y prácticas económicas que observó en Tierra Firme *“no producirían ni la décima parte de lo que producen”.* Anota también que cuando hay la plena dedicación se observan éxitos económicos muy notables.

*“Como prueba de las ventajas que obtendría la agricultura si los propietarios residieran en las haciendas, basta observar las fincas que prosperan, las que se sostienen y las que están en decadencia; se verá que a las primeras las administra su propio dueño, quien tiene toda su ambición puesta en aumentar sus rentas y se enorgullece en ser agricultor; por lo general, los que proceden así son Vizcaínos. Las segundas pertenecen a españoles que comparten su tiempo entre la vida del campo y la de la ciudad, y que disponen los trabajos cuando están en sus fincas y lo que se debe hacer cuando se hayan fuera de ellas. La hacienda que se arruina pertenece con toda seguridad a alguien que las visita como si fuera un extraño, que desdeña los conocimientos propios de un agricultor y corre tras de mercedes y empleos o bien es de un malbaratador”.* (Depons, *Ibidem*).

Depons considera que los vascos de la Compañía Guipuzcoana entraron en Venezuela con una mentalidad empresarial distinta y, aunque hacía más de veinte años que ya había desaparecido la Compañía, considera que sus éxitos fueron notables “*por lo atinado de sus administradores, quienes fueron siempre de la Provincia de Vizcaya, que parece ser el asilo de las buenas costumbres*”. (Op. Cit. p. 105).

Así pues Depons remite el hecho de la productividad de las haciendas a la mentalidad de sus propietarios. Luego tiene algunos comentarios sobre las diversas actitudes que observa entre los criollos y también entre los peninsulares: “*Todos los blancos son hacendados o negociantes, militares, clérigos o monjes, empleos judiciales o de hacienda. Ninguno se dedica a oficios o artes mecánicas. El español blanco y principalmente el criollo, se siente deshonrado si se gana el sustento con el sudor de su frente y si lo debe a los callos de sus manos*”. (Op. Cit. p. 229).

Entre los peninsulares distingue también entre aquellos venidos de España como funcionarios que provocan celos de los criollos por quitarles los altos puestos, aunque con frecuencia estos tengan mejor formación. En contraste con éstos, hay otros peninsulares que vienen a producir y a hacer fortuna:

“*La segunda clase de Europeos residentes en Caracas se compone de aquellos a quienes la industria o el deseo de hacer fortuna llevan a estos lugares. Casi todos son oriundos de Vizcaya o de Cataluña. Unos y otros son igualmente industriosos; pero los Vizcaínos, sin fatigarse tanto, administran mejor sus negocios. Como dispuestos a los riesgos del comercio y como constantes en la agricultura, suelen superar a los catalanes. Pero estos a su vez los superan en laboriosidad, si bien, en verdad, son menos arrojados y menos cultos. El Vizcaíno nunca se arredra por la magnitud ni por el riesgo de una especulación. Confía bastante al azar. Los otros, más parsimoniosos, no emprenden sino lo cierto y lo que juzgan dentro de sus fuerzas y recursos*”. (Ibidem).

Tanto unos como otros –según Depons– “*se distinguen por su buena fe en los negocios y por su exactitud en los pagos*”.

Una tercera categoría de inmigrantes sería la de los canarios que abandonan su tierra más por necesidad que por ambición. Ellos son tan trabajadores como los Vizcaínos y los Catalanes”.

Y termina Depons: *“En conclusión, todos estos son elementos útiles a la sociedad; pues todos tratan de ganarse la vida por vías legítimas, y tienen a honra probar, por medio del ejemplo personal, que el hombre ha nacido para el trabajo”*. (Ibidem).

Esa misma mirada apreciativa tiene con los habitantes de otras regiones de Venezuela: por ejemplo, al hablar de Maracay y de los Valles de Aragua, dice: *“Al igual del pueblo, sus habitantes son dignos de la admiración del observador. Nadie presume de alcurnia ni se envanece con las distinciones”*. *“La industria, la actividad, el trabajo, son base de sus sentimientos. Por una beneficiosa emulación la agricultura ha llegado a ser la pasión dominante de todos”*. (Ib.). De nuevo esta realidad en los Valles de Aragua es atribuida a los vascos y canarios. *“No cabe duda de que la mayoría de ellos han de ser Vizcaínos, pues estos, entre todos los españoles europeos residentes en Tierra Firme, se dedican con preferencia a la agricultura. Los oriundos de Canarias les siguen las huellas, aunque no les igualan. Las hermosas siembras que atraen la mirada en los alrededores de Maracay, se extienden por todos los Valles de Aragua ya se llegue a ellos por Valencia o por las montañas de san Pedro, que los separan de Caracas. Allí se tiene la impresión de estar en otro país, en una comarca poblada por la gente más laboriosa y amiga de la agricultura. En las quince leguas de Este a Oeste ocupadas por estos valles sólo se ven campos de frutos coloniales, regados con arte, molinos de agua y soberbios edificios destinados a la fábrica y preparación de los productos. Lo más notable, sin embargo, es la gran actividad que parece hija de aquella tierra. La gente libre que en otras partes casi no hace nada, aquí se dedica a trabajar; mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios al mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios, como la siembra, la limpia y la cosecha, se emplea jornaleros libres”*. (Ibidem).

Las valoraciones reinantes en una sociedad son consagradas por las actitudes de las clases dirigentes. Las otras clases y sectores sociales tratan de imitar o de cambiar de status por la adopción de hábitos, valores y prácticas sociales propias de las elites dominantes.

No caigamos en la tentación de pensar que esa mentalidad económica colonial es la explicación de lo que hoy ocurre en Venezuela, pues en dos siglos las sociedades han cambiado y también las mentalidades. Pero podemos ensayar algunos elementos de comprensión de lo ocurrido en el primer siglo republicano de Venezuela.

El pensador español Ortega y Gasset. En la primera mitad del siglo XX, reflexionaba sobre el atraso productivo y la incapacidad modernizadora de España. Entonces hacía la aguda observación de que a España le faltó siglo XVIII, en el sentido de que no cuajó la revolución cultural propia de la Ilustración que transformara el sistema educativo y productivo y la mentalidad. Sin embargo, medio siglo después de su escrito, Ortega y Gasset hubiera apreciado en España una exitosa y acelerada transformación productiva que echa por tierra cualquier idea fijista sobre la “identidad” y la cultura española antimoderna.

De igual manera en América Latina y en Venezuela debemos preguntarnos por qué en dos siglos de historia republicana no se ha remontado aquella repudiada herencia colonial y hemos entrado en un desarrollo sostenido y exitoso. En las breves líneas de que disponemos, sólo podemos expresar de manera muy resumida nuestra interpretación para el caso de Venezuela y que tiene sus analogías en otros países latinoamericanos.

La reacción de España en 1811 a la civilizada declaración de independencia determinó la guerra. En el caso de Venezuela fue la guerra más larga (1811 a 1825) y sangrienta de todas las independencias americanas y dejó la población diezmada y la economía en ruinas. Además, como en otros muchos países latinoamericanos la guerra trajo actores militares que no existían en el período colonial y de ellos derivó el caudillismo recurrente en toda la historia republicana venezolana anterior a 1960.

De esta manera las ideas liberales en política fueron utilizadas y desplazadas por los caudillos, según su conveniencia las instituciones republicanas las convirtieron en una caricatura de su verdadero significado, las numerosas constituciones en un papel para envolver los atropellos autoritarios y se cortó la positiva dinámica económica. En Venezuela hubo un intento de institucionalización

y de recuperación económica en los primeros diez años de 1830 a 1840, pero al final fracasó arrastrado por las frustraciones y las guerras sociales y caudillescas. En adelante durante un siglo, salvo excepciones como el desarrollo del cultivo y del comercio del café en algunas regiones, y de otros pequeños enclaves, la economía fue de subsistencia y en consecuencia no se desarrolló una práctica empresarial y trabajadora propia de la revolución burguesa acompañado de la cultura y educación que le es propia.

Los caudillos encendían las masas campesinas con promesas mesiánicas que hacían soñar en un bienestar salido de las puntas de las lanzas o de las bocas de los fusiles y no de la empresa y del trabajo productivo, ni de la educación moderna.

Hay otro rasgo no menos importante y muy generalizado en los caudillos, incluso en quienes tenían cierta visión de desarrollo económico como es el casco en Venezuela de Guzmán Blanco, que directa o indirectamente gobernó a Venezuela durante veinte años entre 1868 y 1888. Nos referimos a la manera como venden o alquilan desde el gobierno a los extranjeros recursos naturales, mineros, inmensos territorios donde había esperanza de encontrar materias primas de interés estratégico para la economía europea. En el caso de Venezuela hizo numerosas concesiones por 99 años para que los europeos blancos “nos desarrollen” con sus inversiones y con su gente “laboriosa”. El presidente de turno y sus amigos se enriquecían con la renta que pagaban los concesionarios y también por el alto porcentaje de comisión a favor del dictador de turno.

Así entre guerras, caudillos y concesiones mineras y territoriales llegamos al siglo XX como país pobre y despoblado, sin dinámicas económicas, institucionales, empresariales y educativas, que, bien combinadas, producen desarrollo.

Esa realidad se alteró en Venezuela con la explotación petrolera; no en cuanto a cambio de mentalidad pero sí en cuanto al volumen de la nueva riqueza. Ya antes de 1930 un país rural, pobre y con apenas 3 millones de habitantes, se había convertido en el segundo exportador petrolero del mundo. La explotación petrolera ocurría en su territorio por la iniciativa extranjera, con su capital y tecnología, que dejaba una renta para los gobernantes dictatoriales y sus cercanos.

Treinta años después, a mediados del siglo XX, ya existe arraigada la convicción de que Venezuela es rica, por el petróleo, por ese don natural que no depende de la productividad, ni de la condición emprendedora de los venezolanos. La actividad política se va a centrar en la lucha por la distribución de esa riqueza, más que en la producción de una riqueza sostenible y sostenida por la iniciativa empresarial y la productividad de la mayoría de los venezolanos. Aunque poco a poco con la democracia (a partir de 1958) se amplía la distribución del ingreso petrolero (que representaba hasta 90% de las exportaciones y 60% del presupuesto nacional), esta distorsión en la mentalidad y en la dinámica económica se vuelve duradera. Los políticos se apoyan en las promesas –y también algunas acciones exitosas en la generalización de los servicios públicos– de distribuir la riqueza que está en manos del Estado.

El país, de manera cada vez más generalizada, tiene la experiencia-ilusión de que se puede pasar a consumir moderno (por medio de la importación con dólares petroleros), sin necesidad de desarrollar su producción diversificada con la correspondiente moderna cultura productiva. En cierto modo esto fue posible para el 10% de la población en una Venezuela de menos de 5 millones de habitantes, pero es imposible que en la Venezuela actual de 25 millones, 11 millones de trabajadores tengan trabajo digno y sostenido, apegado a la dinámica petrolera y a la cultura rentista. Luego de 60 años seguidos de crecimiento (1918 a 1978) del PIB superior al 6% anual, y de ascenso social, el país entró en descenso hace 25 años y empezó a crecer la pobreza de manera sostenida y alarmante.

El estudio sobre la pobreza que emprendió en 1997 la Universidad Católica Andrés Bello, se ubica en esta realidad y trata de combinar la comprensión de los factores de políticas económicas, con factores culturales e institucionales que producen esta pobreza. Buscar los cambios necesarios de manera combinada, en los tres tipos de factores, es la forma de aproximarnos a su superación.

Luis Ugalde sj

*Rector de la Universidad Católica Andrés Bello*